

En la revista DOMUS se ha publicado este artículo del arquitecto José Antonio Coderch, que por su interés y oportunidad aquí se reproduce, por cortesía de DOMUS. Comentan este artículo el P. Alfonso López Quintás, Juan Ramírez de Lucas, Luis Moya y Francisco de Inza.

Al escribir esto no es mi intención ni mi deseo sumarme a los que gustan de hablar y teorizar sobre Arquitectura. Pero después de veinte años de oficio, circunstancias imprevisibles me han obligado a concretar mis puntos de vista y a escribir modestamente lo que sigue:

Un viejo y famoso arquitecto americano, si no recuerdo mal, le decía a otro mucho más joven que le pedía consejo: "Abre bien los ojos; mira, es mucho más sencillo de lo que imaginas." También le decía: "Detrás de cada edificio que ves hay un hombre que no ves." Un hombre; no decía siquiera un arquitecto.

No, no creo que sean genios lo que necesitamos ahora. Creo que los genios son acontecimientos, no metas o fines. Tampoco creo que necesitemos pontífices de la Arquitectura, ni grandes doctrinarios, ni profetas, siempre dudosos. Algo de tradición viva está todavía a nuestro alcance, y muchas viejas doctrinas morales en relación con nosotros mismos y con nuestro oficio o profesión de arquitectos (y empleo estos términos en su mejor sentido tradicional). Necesitamos aprovechar lo poco que de tradición constructiva y, sobre todo, moral ha quedado en esta época en que las más hermosas palabras han perdido prácticamente su real y verdadera significación.

Necesitamos que miles y miles de arquitectos que andan por el mundo piensen menos en Arquitectura (con mayúscula), en dinero o en las ciudades del año 2000, y más en su oficio de arquitecto. Que trabajen con una cuerda atada al pie, para que no puedan ir demasiado lejos de la tierra en la que tienen raíces, y de los hombres que mejor conocen, siempre apoyándose en una base firme de dedicación, de buena voluntad y de honradez (honor).

Tengo el convencimiento de que cualquier arquitecto de nuestros días medianamente dotado, preparado o formado, si puede entender esto también puede fácilmente realizar una obra verdaderamente viva. Esto es

para mí lo más importante, mucho más que cualquier otra consideración o finalidad, sólo en apariencia de orden superior.

Creo que nacerá una auténtica y nueva tradición viva de obras que pueden ser diversas en muchos aspectos, pero que habrán sido llevadas a cabo con un profundo conocimiento de lo fundamental y con una gran conciencia, sin preocuparse del resultado final que, afortunadamente, en cada caso se nos escapa y no es un fin en sí, sino una consecuencia.

Creo que para conseguir estas cosas hay que desprenderse antes de muchas falsas ideas claras, de muchas palabras e ideas huecas y trabajar de uno en uno, con la buena voluntad que se traduce en acción propia y enseñanza, más que en doctrinarismo. Creo que la mejor enseñanza es el ejemplo; trabajar vigilando continuamente para no confundir la flaqueza humana, el derecho a equivocarse—capa que cubre tantas cosas—, con la voluntaria ligereza, la inmoralidad o el frío cálculo del trepador.

Imagino a la sociedad como una especie de pirámide, en cuya cúspide estuvieran los mejores y menos numerosos, y en la amplia base las masas. Hay una zona intermedia en la que existen gentes de toda condición que tienen conciencia de algunos valores de orden superior y están decididos a obrar en consecuencia. Estas gentes son aristócratas y de ellos depende todo. Ellos enriquecen la sociedad hacia la cúspide con obras y palabras, y hacia la base con el ejemplo, ya que las masas sólo se enriquecen por respeto o mimetismo. Esta aristocracia, hoy prácticamente no existe, ahogada en su mayor parte por el materialismo y la filosofía del éxito. Solían decirme mis padres que un caballero, un aristócrata es la persona que no hace ciertas cosas, aun cuando la Ley, la Iglesia y la mayoría las aprueben o las permitan. Cada uno de nosotros, si tenemos con-

ciencia de ello, debemos individualmente constituir una nueva aristocracia. Este es un problema urgente, tan apremiante que debe ser acometido en seguida. Debemos empezar pronto y después ir avanzando despacio sin desánimo. Lo principal es empezar a trabajar y entonces, sólo entonces, podremos hablar de ello.

Al dinero, al éxito, al exceso de propiedad o de ganancias, a la ligereza, la prisa, la falta de vida espiritual o de conciencia hay que enfrentar la dedicación, el oficio, la buena voluntad, el tiempo, el pan de cada día y, sobre todo, el amor, que es aceptación y entrega, no posesión y dominio. A esto hay que aferrarse.

Se considera que cultura o formación arquitectónica es ver, enseñar o conocer más o menos profundamente las realizaciones, los signos exteriores de riqueza espiritual de los grandes maestros. Se aplican a nuestro oficio los mismos procedimientos de clasificación que se emplean (signos exteriores de riqueza económica) en nuestra sociedad materialista. Luego nos lamentamos de que ya no hay grandes arquitectos menores de sesenta años, de que la mayoría de los arquitectos son malos, de que las nuevas urbanizaciones resultan anti-humanas casi sin excepción en todo el mundo, de que se destrozan nuestras viejas ciudades y se construyen casas y pueblos como decorados de cine a lo largo de nuestras hermosas costas mediterráneas.

Es por lo menos curioso que se hable y se publique tanto acerca de los signos exteriores de los grandes maestros (signos muy valiosos en verdad), y no se hable apenas de su valor moral. ¿No es extraño que se hable o escriba de sus flaquezas como cosas curiosas o equívocas y se oculte como tema prohibido o anecdótico su posición ante la vida y ante su trabajo?

¿No es curioso también que tengamos aquí, muy cerca, a Gaudí (yo mismo conozco a personas que han trabajado con él) y se hable tanto de su obra y tan poco de su posición moral y de su dedicación?

Es más curioso todavía el contraste entre lo mucho que se valora la obra de Gaudí, que no está a nuestro alcance, y el silencio o ignorancia de la moral o la posición ante el problema de Gaudí, que esto sí está al alcance de todos nosotros.

Con grandes maestros de nuestra época pasa prácticamente lo mismo. Se admiran sus obras, o, mejor dicho, las formas de sus obras y nada más, sin profundizar para buscar en ellas lo que tienen dentro, lo más valioso, que es precisamente lo que está a nuestro al-

cance. Claro está que esto supone aceptar nuestro propio techo o límite, y esto no se hace así porque casi todos los arquitectos quieren ganar mucho dinero o ser Le Corbusier; y esto el mismo año en que acaban sus estudios. Hay aquí un arquitecto, recién salido de la Escuela, que ha publicado ya una especie de manifiesto impreso en papel valioso después de haber diseñado una silla, si podemos llamarla así.

La verdadera cultura espiritual de nuestra profesión siempre ha sido patrimonio de unos pocos. La postura que permite el acceso a esta cultura es patrimonio de casi todos, y esto no lo aceptamos, como no aceptamos tampoco el comportamiento cultural, que debería ser obligatorio y estar en la conciencia de todos.

Antiguamente el arquitecto tenía firmes puntos de apoyo. Existían muchas cosas que eran aceptadas por la mayoría como buenas o, en todo caso, como inevitables, y la organización de la sociedad, tanto en sus problemas sociales como económicos, religiosos, políticos, etc., evolucionaba lentamente. Existía, por otra parte, más dedicación, menos orgullo y una tradición viva en la que apoyarse. Con todos sus defectos, las clases elevadas tenían un concepto más claro de su misión, y rara vez se equivocaban en la elección de los arquitectos de valía; así, la cultura espiritual se propagaba naturalmente. Las pequeñas ciudades crecían como plantas, en formas diferentes, pero con lentitud y colmándose de la vida colectiva. Rara vez existía ligereza, improvisación o irresponsabilidad. Se realizaban obras de todas clases que tenían un valor humano que se da hoy muy excepcionalmente. A veces, pero no con frecuencia, se planteaban problemas de crecimiento, pero afortunadamente sin esa sensación, que hoy no podemos evitar, de que la evolución de la sociedad es muy difícil de preveer como no sea a muy corto plazo.

Hoy día las clases dirigentes han perdido el sentido de su misión, y tanto la aristocracia de la sangre como la del dinero, pasando sobre todo por la de la inteligencia, la de la política y la de la Iglesia o iglesias, salvo rarísimas y personales excepciones contribuyen decisivamente, por su inutilidad, espíritu de lucro, ambición de poder y falta de conciencia de sus responsabilidades al desconcierto arquitectónico actual.

Por otra parte, las condiciones sobre las cuales tenemos que basar nuestro trabajo varían continuamente. Existen problemas religiosos, morales, sociales, económicos, de enseñanza, de familia, de fuentes de energía, etcétera, que pueden modificar de forma imprevisible la faz y la estructura de nuestra sociedad (son posibles cambios brutales cuyo sentido se nos escapa) y que impiden hacer previsiones honradas a largo plazo.

Como he dicho ya en líneas anteriores, no tenemos la clara tradición viva que es imprescindible para la mayoría de nosotros. Las experiencias llevadas a cabo hasta ahora y que indudablemente en ciertos casos han representado una gran aportación, *no son suficientes* para que de ellas se desprenda el camino imprescindible que haya de seguir la gran mayoría de los arquitectos que ejercen su oficio en todo el mundo. A falta de esta clara tradición viva, y en el mejor de los casos, se busca la solución en formalismos, en la aplicación rigurosa del método o la rutina y en los tópicos de gloriosos y viejos maestros de la arquitectura actual, prescindiendo de su espíritu, de su circunstancia y, sobre todo, ocultando cuidadosamente con grandes y

magníficas palabras nuestra gran irresponsabilidad (que a menudo sólo es falta de pensar), nuestra ambición y nuestra ligereza. Es ingenuo creer, como se cree, que el ideal y la práctica de nuestra profesión pueden condensarse en *slogans* como el del sol, la luz, el aire, el verde, lo social y tantos otros. Una base formalista y dogmática, sobre todo si es parcial, es mala en sí, salvo en muy raras y catastróficas ocasiones. De todo esto se deduce, a mi juicio, que en los caminos diversos que sigue cada arquitecto consciente tiene que haber algo común, algo que debe estar en todos nosotros. Y aquí vuelvo al principio de esto que he escrito, sin ánimo de dar lecciones a nadie, con una profunda y sincera convicción.

COMENTARIO DE LUIS MOYA

"Necesitamos aprovechar la escasa tradición constructiva, y sobre todo la tradición moral"... "Respeto a una aristocracia que prácticamente no existe, abogada en gran parte por el materialismo, por la filosofía del éxito"... "Hay que constituir una nueva aristocracia de uno en uno..., porque la mayoría de los arquitectos son malos, porque las nuevas urbanizaciones resultan antihumanas, porque se destrozan nuestras viejas ciudades"... "Antiguamente el arquitecto tenía firmes puntos de apoyo." "Existían muchas cosas que eran aceptadas por la mayoría como buenas o inevitables"... "Existía, por otra parte, más dedicación, menos orgullo y una tradición viva en la que apoyarse." "Las clases elevadas tenían un concepto más claro de su misión"... "Obras de todas clases, que tenían un valor humano que se da hoy muy excepcionalmente."

Como también es excepcional el artículo de Coderch en *Domus*, del que son estos párrafos. Malo es citar frases sueltas de un trabajo, cuyo conjunto condiciona el significado de cada una de sus partes. Es una inmoralidad que suele hacerse, pero no creo que aquí lo sea, pues

estas líneas acompañan al artículo completo. Esas frases sueltas, y todo el artículo, son una llamada al orden: una llamada dolorida de un gran arquitecto ante la situación actual, y ante lo que hemos perdido. Este paraíso perdido—telón de fondo del artículo de J. A. Coderch—es la sociedad jerárquica; no es utopía, pues ya fué así en el antiguo régimen, o al menos aspiró siempre a ser así. En ella, y sólo en ella, puede darse el medio social, el "Mitte" perdido de Sedlmayr, en que el arte de la Arquitectura puede desarrollarse con normalidad, sin gritos, ni genialidades, ni ligerezas. La jerarquía de poderes, de saberes y de técnicas, dentro de la unanimidad de ideas y creencias; la unidad esencial—religiosa—de todos los seres humanos en cuanto tales, fueron rasgos típicos de aquellas Sociedades en que la Arquitectura avanzaba y progresaba libremente, acertando casi siempre. Pero hoy, después de siglo y medio de igualitarismo social, de individualismo, de culto a la máquina, de racionalismo analítico, de "ciencias positivas" consideradas como arquetipos de la actividad espiritual, de movimientos pendulares entre

libertad anárquica y opresión demagógica, y de tantas otras cosas que caracterizan nuestro tiempo, no se ve cuál pueda ser la situación del verdadero arquitecto. Puede ser un tipo llamativo que quiera competir con las artistas de cine, que invente *slogans*, que lance manifiestos (según J. A. Coderch, todavía ocurre hoy esto), que haga obras sensacionales y dramáticas, etcétera. Pero también puede dedicarse sencillamente a su oficio, con la dedicación y la humildad que pide J. A. Coderch, y tampoco esta actitud resolvería nada. Porque el arquitecto no está solo, sino que vive en la sociedad y la sirve, y si ésta es la sociedad de hoy, no encontrará en ella quien se interese por una Arquitectura seria y por una actuación sencilla y modesta de los que la hacen. Cualquier grito genialoide encuentra un eco, aunque este grito resulte carísimo al cliente. Ante esto, cede hasta nuestro materialismo actual.

A pesar de todo, hay que luchar en todos los campos, como lo hace Coderch en el nuestro. Hay que repetir estas cosas sin cansarse, porque, como oí decir al malogrado Angel Ferrant en casa de Eugenio

d'Ors, "todo está ya dicho, pero nadie se entera y hay que volver a decirlo". En fin, hay que repetir también las frases finales del artícu-

lo del P. López Quintás en el número de octubre pasado de esta Revista: "El optimismo no es un mero estado de ánimo, sino toda una ac-

titud ante la vida que tenemos que lograr. El optimismo constituye, pues, una tarea. Quizá, si lo entendemos bien, nuestra única tarea."

COMENTARIOS DEL P. A. LOPEZ QUINTAS

El artículo del arquitecto J. A. Coderch, al que la revista *Domus* ha hecho el honor de publicar en su lengua original, es, a mi ver, claro ejemplo del proceso de retorno a la unidad que está viviendo hoy día la Ciencia y la Técnica. Nada extraño que halle plena acogida en la Revista ARQUITECTURA, que suele abordar este tema con frecuencia, y de un modo decididamente positivo y abierto. Véanse, por ejemplo, las glosas al artículo de Reyner Banham: "Balance 1960" (1), los "Comentarios al "Pueblo Español" de Montjuich", de Oriol Bohigas; los "Comentarios a unos comentarios", de Francisco de Inza (2), y la apostilla de Miguel Fisac a las "Notas de Filosofía" (3). Resalta en estos trabajos una postura integralmente humanista, una aceptación plena de las aportaciones valiosas de lo moderno y una repulsa decidida de toda actitud pretenciosamente unilateral.

Destaca en el trabajo de Coderch una exigencia de autenticidad y de honradez. Pero lo grave es que ya nadie sabe a punto fijo el alcance y la significación de estos vocablos. No otro fué el lema del funcionalismo, que no pasa de ser una forma de purismo desarraigado. Es triste que vivamos sometidos al conjuro de ciertas palabras con fortuna, que ejercen un poder fanático de seducción sobre quienes se juzgan más insobornables e independientes.

Hoy empezamos, sin embargo, a ver con claridad que así como la Mecánica tardó muchos siglos en desarro-

llarse, por exigir a la mente una especie de contorsión violenta, la reducción de la Arquitectura a mera tecnología es un producto degenerativo de sociedades un tanto gastadas espiritualmente, o, lo que es igual, de pueblos muy civilizados y poco cultos. La unidad ya no nos aparece hoy como romántica contaminación metodológica, sino como fuente de simplicidad y de energía.

Actualmente, todos los ramos del saber están desbordando los límites a que les había llevado una falsa concepción del rigor metódico. El carácter científico o el valor artístico de una obra vendrá dado, en adelante, por la *profundidad* de sentido, no por su ultraespecializada reducción metodológica. Porque la amplitud del estilo actual de pensar y de sentir no responde a un afán de universalidad diletante, sino a una exigencia interna de fidelidad a lo real, que es, en sí, complejo y denso.

De ahí que el interés que muestran actualmente muchos filósofos "puros" por los problemas que plantea la creación artística y poética, más que la intromisión de la Filosofía en el mundo del Arte, signifique un retorno del Arte a sus estratos más profundos, que la Filosofía tiene por tarea analizar.

A esta luz debe ser estudiada la polémica actual acerca de la "revolución del Arte Moderno", que si algo nos enseña es que en el fondo lo que está en crisis no es el concepto del Arte, sino la idea del hombre.

Mucho me complace advertir que la actitud de gran número de arquitectos representativos está orientada en esta dirección, que va a decidir, sin duda, la marcha del pensamiento contemporáneo.

COMENTARIOS DE FRANCISCO DE INZA

El escultor francés Augusto Rodin escribió—como resumen de su larga vida—una suerte de testamento espiritual dirigido a los artistas jóvenes.

Este testamento contiene una doctrina que, en algunos aspectos, resulta un tanto apartada de la línea de conducta de muchos de los artistas contemporáneos porque nos presenta al trabajo como fun-

damento principal de las distintas actividades artísticas.

Tan dura hipótesis está apoyada en la propia experiencia del viejo maestro, el cual hasta la edad de casi ochenta años—según creo—se dedicó tozudamente al aprendizaje de su oficio. Parece ser que dibujaba como un estudiante unas cuantas horas diarias. Circunstancia que, en la actualidad, está algo

en baja entre nuestros artistas más o menos consagrados y—por llevar la cosa a nuestro terreno—entre muchos de nuestros arquitectos.

Así que, por coger al vuelo alguno de los párrafos del testamento de Rodin, resulta que recomienda:

"Trabajad con encarnizamiento. Ejercitaos sin descanso; es preciso extenuarse en el oficio." "En la

(1) ARQUITECTURA, febrero 1961, págs. 19-32.

(2) ARQUITECTURA, noviembre 1961, págs. 15-25.

(3) *Loc. cit.*, pág. 49.

nueva generación de artistas—dice—hay numerosos poetas que se niegan a aprender a hablar. Es así como no hacen más que balbucear." "¡Paciencia! No contéis con la inspiración. No existe. Las únicas cualidades del artista son: prudencia, atención, sinceridad, voluntad. Cumplid vuestra tarea como honrados obreros." Todo esto viene de pronto a cuento con el rotundo artículo del arquitecto Coderch publicado en el último número de *Domus*, porque en él se sostiene una postura muy semejante.

Han pasado unos cuantos años desde que el viejo Rodin escribió su testamento, durante los cuales han surgido multitud de sistemas y muy variadas formas de interpretación de los objetivos logrados por los grandes maestros de la arquitectura contemporánea. Ha surgido también, al parecer, entre nosotros una muy diversa picaresca en la aplicación de las soluciones formales de los grandes maestros.

Los clásicos de la arquitectura moderna lograron una nueva sistematización de los valores constructivos: enlaces de materiales, variación de las formas al variar los materiales, aplicación definitiva de un nuevo alfabeto en la técnica de la construcción. Lograron también una nueva proyección de la arquitectura hacia el terreno del urbanismo y de la sociología. Y todo esto y mucho más se logró después de unas vidas apretadamente fecundas, precisamente porque se aboraron a fuerza de trabajo unos talentos humanos dotados de una capacidad creadora muy poco común.

Coderch advierte ahora: "Se admiran sus obras, o mejor dicho, las formas de sus obras y nada más, sin profundizar para buscar en ellas lo que tienen dentro, lo más valioso, que es precisamente lo que está a nuestro alcance." Problema que, a mi juicio, tiene dos

raíces fundamentales: la enseñanza de la arquitectura y la prisa. La primera—apuntada también por Coderch—es de la mayor trascendencia. En nuestras Escuelas de Arquitectura se ha fomentado a menudo la copia formal de las arquitecturas de determinados maestros bajo el pretexto de que es más apropiado para un alumno medio el conseguir que haga medianamente lo ya inventado que el desbarrar por cuenta propia. Actitud que ha producido una avalancha de los alumnos sobre las últimas revistas de Arquitectura y ha traído como consecuencia una conciencia colectiva de facilidad de interpretación de los maestros—léase copia formal de tal o cual edificio.

Si ciertamente es peligroso el que un alumno empiece a "crear" por su cuenta antes de conocer siquiera un poco el oficio, no lo es menos el aplaudirle la ingenua copia del maestro más en boga. El problema está en la falta de información y de formación conceptual sobre el verdadero carácter y sobre el lenguaje propio de dicho maestro.

Porque éste es el momento en que aún somos muchos los que no sabemos nada—revistas aparte—de las maneras únicas y misteriosas de Van der Rohe. Y ya parece que se están pasando de moda las formas sencillas de su arquitectura, siempre tan agradecidas de copiar.

Coderch, al insistir, una vez más, sobre el aprovechamiento de la tradición, advierte las dos facetas de la misma: la tradición constructiva y la moral.

Tal vez sea éste el verdadero fundamento de la enseñanza de la arquitectura en nuestro país y, por tanto, el de nuestra propia arquitectura.

No es posible fundamentar toda la imponente responsabilidad de

esta enseñanza sobre algo tan divertido como el descubrimiento del "maestro del año" a cargo de los más sagaces lectores de publicaciones extranjeras para cambiar de maestro a la temporada siguiente, cuando ya le conoce de oídas todo el mundo.

A propósito de la tradición, el propio Rodin dice en su citado testamento: "Respetuosos con la tradición, sabed discernir lo que ella contiene de eternamente fecundo: el amor a la Naturaleza y la sinceridad. De este modo la tradición os tiende la llave merced a la cual podéis evadirlos de la rutina. Es la propia tradición la que os recomienda interrogar sin cesar la realidad y la que os prohíbe someteros ciegamente a ningún maestro."

Ideas que quizá puedan valer, por lo menos en algún aspecto, para aclarar el sentido de lo tradicional que, a mi juicio, admite el bagaje moral y técnico de cualquier maestro auténtico, pero en ningún caso permite el aprovechamiento formal de determinadas soluciones arquitectónicas.

La segunda raíz del problema es la prisa o, a lo mejor, la impaciencia genial.

Y tal vez resulte que esta impaciencia genial es también producto de aquella sensación de facilidad colectiva para interpretar externamente las soluciones de los genios auténticos.

La facilidad del genio—tan tráfada y llevada en toda la literatura sobre el tema—ha venido a convertirse en una facilidad de adaptación a las formas logradas por el genio. Característica que estimamos al alcance de muchos. Así que ha surgido el mimetismo arquitectónico, el cual permite adoptar sin gran esfuerzo cualquier forma o pelaje, de modo que no se aprecie mucho la diferencia con lo que hay debajo.

Es cosa de notar, al propio tiem-

po, que en otras artes no se ha producido, a mi entender, con tanta intensidad dicho fenómeno.

Tal vez se van formando escue-

las que, en el fondo, bien entendido su significado, es una forma auténtica de fundamentarse en la tradición. Si es cierto esto último,

sería cosa de estudiar las causas, que tal vez pudieran encontrarse en algunos aspectos del artículo de Coderch.

COMENTARIOS DE JUAN RAMIREZ DE LUCAS

Acertado artículo el que José Antonio Coderch publica en la prestigiada revista italiana de arquitectura *Domus*, "la menos técnicamente informativa del mundo", como declara con satisfacción su director, ese gran amigo de España, que se llama Gio Ponti.

Un hombre de talento se reconoce inmediatamente en cualquiera de sus obras, sea un proyecto arquitectónico o unas reflexiones escritas. En todo lo que haga habrá huella de su personalidad. En el escrito de Coderch que motiva estas líneas es mucho más en lo que estamos plenamente de acuerdo, con identidad de pareceres; pero creo que Coderch estimará más que mencionemos las discrepancias en vez de párrafos de elogios.

Disentimos en lo de: "No son genios los que necesitamos ahora". Los genios son siempre necesarios, indispensables; son ellos los que sacan a la Humanidad de sus rutinas, los que a fuerza de empujones logran hacer andar en muy poco tiempo lo que costaría mucho a la masa. Los genios son fermentos, levadura. Lo que no es necesario de ninguna manera son los estúpidos que se pregonan ellos mismos geniales; los suficientes ignorantes, que son los que siempre tienen más audacia, porque es mayor su irresponsabilidad. Mas ¿quién es capaz de evitar que surjan? Serán ellos mismos los que se precipiten en el vacío.

En cuanto a lo de "tampoco creo que necesitamos Pontífices de la Arquitectura, ni grandes doctrinarios", todos sabemos lo que les gusta escribir a los arquitectos y lo voluminosa que ya va resultando su labor escrita, en muchos de ellos más cuantiosa que la propiamente arquitectónica. Si no Pontífices, al menos sí hacen falta muchos Ponti, que hagan revistas tan estupendas como *Domus*.

"Necesitamos que miles y miles de arquitectos piensen menos en Arquitectura... y más en su oficio de arquitecto". No, más en Arquitectura, y por tanto, igual en su oficio. En lo que no debieran pensar muchos es en el señoritismo que les deslumbra con el título de arquitecto, en las oportunidades de poder hacer una "buena boda" nada más terminar en la Escuela. De esto se resiente en gran medida una de las profesiones más noblemente humanas, y desde luego de las más com-

prometidas y difíciles. En definitiva, a ningún arquitecto le vendrá mal el pensar más.

"Luego nos lamentamos, porque ya no hay grandes arquitectos menores de sesenta años..." Esto es una evidente exageración. Sin salir de España podríamos mencionar por lo menos una veintena. Si no relacionamos ahora sus nombres es para que cada uno de los lectores pueda pensar que está él incluido en la lista.

"El desconcierto arquitectónico actual" no es un fenómeno aislado, sin conexión con los otros "desconciertos" existentes en todo orden de problemas (mejor sería decir "desorden"). La crisis de valores que atenaza nuestra época afecta al arquitecto igual que al poeta o al pintor. Una de las tragedias del arquitecto de hoy es que no puede realizar sus trabajos con la misma despreocupación del que fabrica aparatos de radio, el cual cada temporada deshecha los modelos de la anterior y los sustituye por otros nuevos. Este afán exagerado de cambio alcanza a todas las cosas, hasta las que debieran ser más permanentes. Las posibilidades de venta de los artículos manufacturados se basan en la novedad más deslumbrante, y el desasosiego que produce este hábito repercute en todos, ¡y cómo no!, en el arquitecto, mente sensible. Este se encuentra muchas veces en el íntimo conflicto de tener que construir con ansia de eternidad (que siempre alentó en la arquitectura) y comprobar que todo muda a su alrededor con rapidez de vértigo.

"Que trabajen con una cuerda atada al pie..." Aquí, Coderch es demasiado benévolo. Algunos debieran estar con una cadena al final de la cual luciese como adorno una gruesa bola.

Perdón, Coderch, por estas apostillas a su sabroso escrito. En mi disculpa tomo palabras de uno de los grandes maestros del presente, Walter Gropius, que escribió: "Cierto es que la chispa creadora se origina siempre en el individuo, pero trabajando en estrecha colaboración con otros hacia un objetivo común, a través del estímulo y la crítica exigente de sus compañeros de equipo, logrará alturas de realización más elevadas que viviendo en una torre de marfil." Comprendo que para los arquitectos debe ser tentador construir y habitar su propia torre de marfil, pero nosotros vinimos aquí precisamente para abrir ventanas y ver lo que pasaba fuera. Con constructivos saludos.